
Introducción

Hegemonías y emancipaciones
Desafíos al pensamiento libertario

Ana Esther Ceceña y Emir Sader

La guerra del Golfo Pérsico y la de los territorios ocupados por la antigua Yugoslavia, a pesar de ser acontecimientos terriblemente violentos, degradantes y anticivilizatorios, indicadores de una profunda transformación en las relaciones sociales y en los modos y mecanismos de reordenamiento general de la geografía y la política mundiales, nunca despertaron un interés y una preocupación tan amplios como los desatados por los atentados en las torres gemelas de Nueva York y en el edificio del Pentágono, reconocidos explícitamente en ese momento, de manera generalizada, como los mayores y más evidentes símbolos del poder mundial. Por primera vez en la historia de los dos últimos siglos el núcleo central -que no corazón- de los poderes mundiales era alcanzado por las furias que su constitución fue acumulando en la Tierra y eso marca la diferencia: no es la violencia de los ataques o el número de muertos lo que sorprende -eso ha ocurrido ya tantas veces causando daños mucho mayores-, lo que cambia el significado de los hechos es que todo esto ocurra en Estados Unidos.

Y eso en el contexto de un amplio debate acerca de la declinación o fortalecimiento de la hegemonía estadounidense; de su capacidad de establecer e imponer las normas y fronteras del acontecer mundial y de las investigaciones sobre economía mundial o relaciones internacionales; y de la centralidad o no de las relaciones de poder en el mundo.

Los acontecimientos recientes parecen estar indicando las pautas de ese debate aportando elementos abrumadores acerca del liderazgo estadounidense y de sus excesos, que permiten formular la hipótesis de que la hegemonía de Estados Unidos sólo podrá resolverse en la disolución de las hegemonías, por lo menos de las capitalistas. Quienes realizaron los atentados del 11 de septiembre parecen tenerlo muy claro y Bin Laden, responsable o no pero evidentemente buen estratega, así lo asienta cuando llama a socavar las bases del poderío norteamericano como único medio para garantizar condiciones de posibilidad futuras para la nación musulmana e, implícitamente, para todas las culturas no occidentales.

En el campo del pensamiento crítico o contrahegemónico la incapacidad de la investigación teórica para aprehender las formas reales de ejercicio de la hegemonía en el mundo contemporáneo es una de las fuertes razones para la esterilización de la reflexión teórica y explicación de su impotencia para entender, interpretar y adelantarse a los acontecimientos de la realidad. De ahí su desmoralización.

Al contrario, estas formas más concretas han sido plenamente asumidas por los pensadores que se ubican del otro lado: los teóricos de esa misma práctica hegemónica como Fukuyama, Huntington y Thomas Friedman, entre los más visibles y polémicos. En este caso, la fuerza de sus planteamientos y convicciones reside justamente en el hecho de que incorporan en el corazón mismo de sus análisis la hegemonía norteamericana, de la que son intérpretes y voceros, convirtiéndola en el lugar desde donde interpretan el mundo contemporáneo. La fuerza de sus argumentos proviene del carácter determinante de la presencia económica, política y militar de Estados Unidos como potencia mundial, y del hecho que, por esto mismo, su visión del mundo tiene un peso teórico y práctico indiscutible convirtiéndolo a quien argumenta desde ella, automáticamente, en protagonista destacado del debate teórico e ideológico.

No pasa lo mismo en el campo contrahegemónico o de construcción de alternativas al sistema de dominación hegemónica prevaleciente. Este campo se sitúa generalmente en un terreno teórico abstracto que se limita a captar las determinaciones económicas del proceso de acumulación de capital, o se mueve dentro de horizontes teóricos que le son ajenos -frecuentemente provenientes del propio liberalismo en alguna de sus vertientes-, perfilando temáticas o cuerpos conceptuales incapaces de plantearse la explicación y práctica de la realidad, presente y futura, desde concepciones del mundo alternativas, propias, diversas y, principalmente, diferentes a la capitalista. Ni los horizontes, ni los cuerpos conceptuales, ni las temáticas rompen con la esencia epistemológica del pensamiento hegemónico y, en gran medida por ello, son incapaces de proponer prácticas revolucionarias que impliquen una transformación de esa realidad. Esta timidez para desarrollar un pensamiento crítico desde perspectivas epistemológicas, e incluso civilizatorias, distintas a la del pensamiento dominante, lleva a abordar temas fundamentales donde lo esencial termina estando ausente (las relaciones de poder y las formas y contenidos de la hegemonía), como ocurre con los análisis sobre democracia; estado, poder y formas de gobierno; relaciones internacionales; nación, territorio y fronteras; entre otros.

Escapan a esos análisis, o no alcanzan a ser tematizados, los procesos humanos de amplia duración que permiten historizar los diferentes tipos de organización social y marcar sus temporalidades y pertinencias. Historizar el sistema capitalista de organización y dominación social es el primer paso para trascender sus fundamentos, epistemológicos y prácticos. Es la primera exigencia de un pensamiento crítico, descolonizado e insumiso (como no puede dejar de ser el pen-

samiento creativo). Y en este contexto se torna indispensable comprender las modalidades de dominación político-militar capitalistas y las estrategias de control y uso de los territorios (como territorios físicos pero, sobre todo, como territorios culturales), que hoy día vuelven a ser explícitamente dominantes. De otro modo la historia aparece como pedazos deshilachados de una totalidad que nunca se articula en la teoría y que, así, poco o nada tiene que decir sobre una práctica de lucha emancipatoria que, por ello, se vuelve cada vez más empírica y por lo tanto más pasible de ser cooptada e integrada en los sistemas de dominación vigentes.

Cualquier teoría que pretenda dar cuenta de los grandes fenómenos históricos contemporáneos tendrá que responder a los grandes y pequeños interrogantes de nuestro tiempo. Entre otros, tendrá que saldar cuentas con la teoría del imperialismo a la luz de la lectura cuidadosa de la realidad. De acuerdo con los clásicos, el fenómeno del imperialismo atraviesa el conjunto de las relaciones económicas, sociales, políticas e ideológicas en el mundo realmente existente. Realizar un balance crítico de esta teoría, así como de las diferentes teorías del cambio social es, en este momento, una de las responsabilidades y compromisos del pensamiento liberatorio para evitar que la sistematización de la realidad se convierta en un juego formal de piezas intercambiables referidas a las condiciones objetivas y los instrumentos (de política económica, por ejemplo) que permiten jugar con ciertas opciones de ordenamiento, como si no fuera necesario pensarlas a partir del reconocimiento de las relaciones de fuerza constitutivas de ésta, posiblemente caracterizable como la fase imperial del capitalismo (siguiendo a Negri y Hardt). La historia, aún la historia económica, es un espacio de creación y de lucha donde el motor y la sustancia son los sujetos, las clases, los movimientos, no las cosas.

Este sistema, que habría que discutir si es pertinente designar como imperial, con formas de dominación que lo constituyen como tal, a partir de la presencia de condiciones materiales y morales que definen sus formas de funcionamiento, su dinámica y, simultáneamente, sus contradicciones, se gestó, a su vez, históricamente, como resultado de luchas de intereses y de percepciones del mundo que tienen en los conflictos sociales originarios del capitalismo su referente de inteligibilidad. Renunciar a este recorrido teórico, que capta el surgimiento y articulación de las contradicciones en sus formas concretas, deja abierto el campo a la arbitrariedad interpretativa que vacía de sentido la realidad.

El Grupo de Trabajo de CLACSO, conocido hasta ahora como *Economía Internacional*, ha tomado la decisión de renombrarse como *Hegemonías y emancipaciones*, en virtud de la resignificación epistemológica explícita del enfoque adoptado y del carácter transdisciplinario de sus análisis. Las discusiones de este grupo, de las cuales se presentan aquí algunos avances, han estado enfocadas a la realización de un análisis pormenorizado de los elementos fundamentales de definición de la economía mundial, pero entendiéndola como una de las dimensiones de constitución de una realidad multideterminada y compleja, que trasciende

cada una de sus dimensiones porque se trasciende permanentemente a sí misma. La economía mundial, de acuerdo con estos horizontes, no puede ser entendida –y mucho menos transformada– si no se ubica como parte expresiva y constitutiva de un sistema de dominación y resistencia, con múltiples entradas y salidas pero atrapado en un magma de poderes y negaciones, establecido por la competencia, que es necesario deconstruir. La teoría sobre la realidad no tiene significación si no es, a su vez, un ejercicio práctico de emancipación.

La discusión sobre las perspectivas de la economía mundial, entonces, está inscrita en una más amplia sobre el devenir de la o las sociedad(es) mundial(es), sobre el carácter y posibilidades de las diferentes culturas, lenguas, cosmovisiones y modos de hacer y de imaginar el mundo y, muy importante, sobre el o los significado(s) de la política y la intersubjetividad que, como señala Hanna Arendt, es el espacio de la libertad.

Los recuentos sobre la guerra en Afganistán, por ejemplo, sorprenden por su insensibilidad para percibir lo esencial: nos reportan los millones de dólares gastados o por invertir (equiparando obviamente la guerra con la producción en una fábrica), y cuando mucho la cantidad de muertos, que siempre es incierta. Sin embargo, nunca cuentan qué ocurre con las familias despedazadas, con los jóvenes mutilados, sordos por las bombas, ciegos, a los que se ha arrebatado impunemente la posibilidad de una vida plena o a los que, sin guerra aparente, se les arrebatan todos los días. Incluso la economía, con sus fríos indicadores, no puede ser entendida sin la gente, sin sus sujetos; y a pesar de las aseveraciones de los tecnócratas, la economía es política, es estrategia, es cultura y, a veces, puede ser esperanza.

El 11 de septiembre es una trágica llamada de atención en muchos sentidos. Uno, que a nosotros nos preocupa especialmente, concierne a la responsabilidad de superar la repetición de ideas y números para concebir la economía como el espacio de creación de la o las materialidad(es) social(es) y realmente contribuir a desentrañar las condiciones para hacer de las enormes riquezas y potencialidades construidas y acumuladas mundialmente una plataforma de libertad que abra paso a la expresión de todos los pueblos.

Hoy la economía mundial es un terreno de lucha encarnizada que, sobre todo después del 11 de septiembre, nos conduce a algunas reflexiones como las siguientes.

La hegemonía de Estados Unidos, construida sobre la base de un sistema integrado de relaciones militares, económicas, políticas y culturales (Ceceña, 2002), es de tal envergadura que no es posible concebir ni entender la dinámica mundial en este momento sin considerar esta hegemonía como punto de inicio del análisis. Sin esto, y particularmente cuando esta hegemonía adopta una tónica abiertamente político militar, cualquier intento de comprensión del mundo contemporáneo corre el grave riesgo de volverse parcial, de pasar al lado de lo esencial y, sobre todo, de tornarse un saber inócuo, (Sader, 2002).

A pesar del deterioro en los indicadores mundiales, se puede decir que la población perdió pero la hegemonía se sostiene. Aun en un clima general recesivo Estados Unidos mantiene altas tasas de ganancia (Caputo, Estay y Arceo, 2002), una gran capacidad de control de todos los organismos internacionales (Gambina, 2002) entre los que destacan la OMC y la OTAN. Estados Unidos es, en esta posición, el equivalente general en el sistema mundial contemporáneo y el referente insoslayable de cualquier iniciativa de reorganización social.

Si bien las empresas estadounidenses habían logrado reconstruir su liderazgo en las áreas de producción de tecnología y, en general, en el campo de la producción material durante la década de los noventa, a partir de la crisis asiática su presencia en la banca mundial es definitiva y actualmente controla el núcleo de las actividades bancarias del mundo (Ornelas, 2002). La década de los noventa resultó ser decisiva para reposicionar la hegemonía de Estados Unidos sobre los pilares reconstruidos durante el periodo de vigencia del neoliberalismo (del Búfalo, 2002). La supremacía tecnológica, comercial y bancaria, abiertamente se acompaña del reforzamiento del poder político militar de Estados Unidos (Ceceña, Sader, 2002) que lleva a la subordinación de los ejércitos del mundo a las directrices marcadas por el Departamento de Defensa estadounidense.

Por todo lo anterior, no es posible entender la economía mundial sin abordar temas como el poder, sus formas de constitución y sus determinantes sociales, las ideologías que permean las relaciones de poder, las formas de organización espacial y territorial de los proyectos hegemónicos y las alternativas de deconstrucción de ese poder, es decir, sin incorporar en el análisis los procesos de resistencia. Las relaciones de poder y la conflictividad social son, en nuestra perspectiva, el referente central de inteligibilidad de la economía mundial.

La dimensión territorial de la dominación ha adquirido un carácter estratégico en el actual momento tecnológico en que las nuevas posibilidades de apropiación de los recursos replantean la esencialidad de algunos, como la biodiversidad, y la incapacidad para sintetizarlos en las escalas necesarias confirma el interés vital de la posesión monopólica de otros, como el petróleo (Ceceña, 2002). Pero esta territorialidad se vuelve también central en virtud de la construcción de alternativas civilizatorias que revaloran el carácter social y cultural de los territorios como base de formulación de sus proyectos emancipatorios (Porto Goncalves y Ceceña, 2002).

La polaridad social y la ostentosa concentración del ingreso que no hacen sino profundizarse con el desarrollo de las capacidades de producción y de transformación de la naturaleza, representan una de las condiciones de insustentabilidad de este sistema, al tiempo que la manera competitiva y objetivante con que se enfrenta a la vida, a la sociedad y a la naturaleza, lo conduce a una depredación creciente e incontrolada de los recursos vitales del planeta. Estos dos procesos, signo de la insustentabilidad social y material del modo de organización so-

cial capitalista, hacen insoslayable el emprendimiento de los proyectos emancipatorios desde el replanteamiento de la concepción del territorio y la naturaleza. La emancipación social, la recuperación militante de la intersubjetividad y el reconocimiento y la conversión de las otredades en diferencias enriquecedoras no será posible sin contemplar la resignificación de la relación con la naturaleza (Leff y Porto, 2002).

El capitalismo, de manera hoy abierta y ostensible, es una guerra contra la humanidad, contra la capacidad de los pueblos para autodeterminar sus destinos, para decidir sus formas de organización y para resignificar las relaciones sociales como espacio de la libertad. La guerra de Afganistán puede ser entendida, en esta óptica, como una guerra general en contra de la insubordinación del trabajo (Holloway y Peláez, 2002).

Ante la guerra y los terrorismos, ya sean de estado o privados (fundamentalistas todos), el compromiso intransigente de la sociedad debe ser con la recuperación de la política y con su resignificación; construyendo relaciones humanas éticas en las que la diferencia sea virtud y no motivo de criminalización (Gómez, 2002).

Estamos en un tiempo de controversias y definiciones, de oportunidades de bifurcación histórica-política-civilizatoria. Es tiempo de reconquistar esperanzas y construir utopías que señalen el camino. Es momento de ser realistas y luchar por lo imposible. Es momento de volver a ser y pensar, de reconocernos entre nosotros y dar a la economía mundial y a las cifras de las bolsas de valores su verdadera dimensión.

Hoy, somos nosotros los protagonistas de la historia. El 11 de septiembre y los sucesos posteriores no hacen sino recordarnos que el poder termina donde empieza la dignidad.

Ana Esther Ceceña y Emir Sader